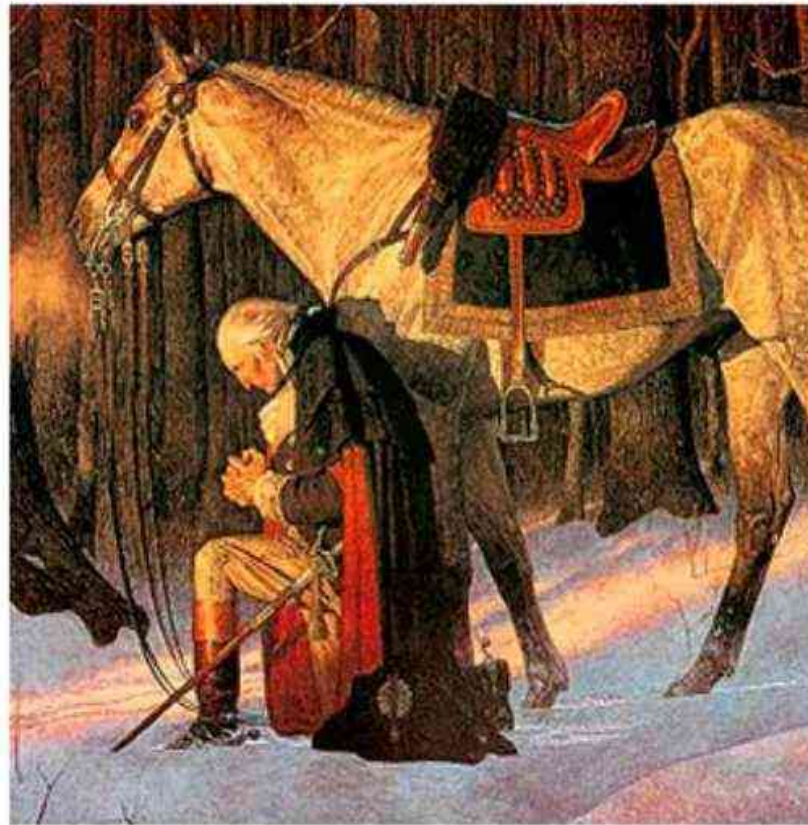


LA VISIÓN DE WASHINGTON



Publicada originalmente por Wesley Bradshaw.
Copiado de una reimpression en el
Nacional Tribune, Vol. 4 N^o 12,
Diciembre 1880.



LA VISIÓN DE WASHINGTON

Incorporada en [Wissahikon Webcindario.com](http://WissahikonWebcindario.com) en 2017
en el libro:

**LOS MAESTROS ASCENDIDOS
ESCRIBEN EL LIBRO DE LA VIDA**

y

Separadamente en 2018
Con su título original:

LA VISIÓN DE WASHINGTON

**Traducción:
The Priest of the Wissahikon**

*Tiene especial importancia el Tercer
Episodio, para la Salvación del
Planeta*



Lean sobre el Tercer Episodio en el libro:

*Los Discursos del "I AM"
Gran Director Divino*



LA VISIÓN DE WASHINGTON

**Publicada originalmente por Wesley Bradshaw.
Copiado de una reimpresión en el Nacional
Tribune, Vol. 4, N° 12
Diciembre 1880.**

La última vez que vi a Anthony Sherman fue el 4 de julio de 1859, en Independence Square.

Tenía entonces noventa y nueve años, y había llegado a estar muy enfermo.

Pero aunque tan viejo, sus ojos apagados se reavivaron según vio el Salón de la Independencia, que él vino a visitar una vez más.

“Entremos al Salón” -dijo él-. “Quiero narrarle un incidente de la Vida de Washington, -uno que nadie vivo conoce excepto yo-, y, si usted vive, lo verá verificado antes de pasar mucho tiempo”.

Desde el inicio de la Revolución experimentamos toda fase de fortuna, ahora buena y después mala, una vez victoriosos y otra conquistados.

El período más oscuro que tuvimos, pienso que fue cuando Washington, después de varios reveses, se retiró al Valle Forgey, donde resolvió pasar el invierno de 1777.

¡Ah!, cuán a menudo he visto las lágrimas caer por las curtidas mejillas de nuestro querido comandante cuando conversaba con un algún oficial de confianza sobre las condiciones de sus pobres soldados.

Indudablemente usted habrá oído la historia de Washington de cómo se internaba en la espesura a orar.

Bien, esto no sólo es verdad, sino que a menudo oraba en secreto, pidiendo ayuda y confort a Dios, la interposición de cuya Providencia Divina, nos trajo a salvo a través de los días más oscuros de tribulación.



Un día, lo recuerdo bien, los vientos fríos silbaban a través de los árboles desnudos, aunque el cielo estaba despejado y el sol brillaba radiante, él permaneció sólo en su puesto casi toda la tarde.

Cuando salió, yo noté que su cara estaba más pálida de lo normal, y parecía haber algo en su mente de importancia más que ordinaria.

Volviendo justo después del atardecer, despachó un ordenanza al puesto del oficial que mencioné que estaba presente en ese momento.

Después de una conversación preliminar, de cerca de una media hora, Washington, observando fijamente a su compañero con una mirada extraña de dignidad, que sólo él tenía, dijo al último:

Yo no se si se debe a la ansiedad de mi mente, o a qué, pero esta tarde mientras estaba sentado en esta mesa, ocupado en preparar un despacho, algo pareció perturbarme.

Alzando la mirada, contemplé de pie y frente a mí, una dama de singular belleza.

Tan asombrado quedé, porque había dado órdenes de no ser perturbado, que pasaron unos momentos antes de que encontrase palabras para preguntar la causa de su presencia.

Una segunda, una tercera, e incluso una cuarta vez, repetí mi pregunta, pero no recibí respuesta de mi visitante misteriosa, excepto una ligera elevación de sus ojos.

En este momento sentí una sensación extraña extendiéndose a través de mí. Me hubiera levantado, pero la mirada clavada del ser delante de mí, anuló mi voluntad.

Ensayé una vez más dirigirme a ella, pero mi lengua había quedado inútil. Incluso el pensamiento mismo, llegó a



quedar paralizado.

Una influencia nueva, misteriosa, potente, irresistible, tomó posesión de mí. Todo lo que pude hacer fue observar fijamente, libremente a mi visitante desconocida.

Gradualmente la atmósfera del entorno pareció llenarse de sensaciones y luminosidad.

Todo a mí alrededor parecía rarificarse, llegando a ser mi visitante más aérea, y no obstante más definida para mi vista que antes.

Ahora comencé a sentir como uno que muere, o mejor dicho, a experimentar las sensaciones que tengo imaginado a veces que acompañan la disolución.

Yo no pensé, no razoné, no me moví; todo era imposible por igual.

Solamente fui consciente de observar fijamente, abiertamente a mi acompañante.

De pronto oí una voz diciendo:

“Hijo de la república, observa y aprende”.

Mientras al mismo tiempo mi visitante extendió su brazo hacia el este. Entonces observé un vapor blanco pesado, a alguna distancia, remontando ola tras ola.

Esto se disipó gradualmente, y presencié una escena extraña. Delante de mí se extendían, en una vasta llanura, todos los países del mundo -Europa, Asia, África y América-.

Vi rodar y agitarse las olas del Atlántico entre Europa y América, y entre Asia y América yacía el Pacífico.

“Hijo de la república, -dijo la misma voz misteriosa- observa y aprende”.

En ese momento observé un oscuro, sombrío ser, similar a un ángel, de pie, o más bien flotando en medio del aire, entre Europa y América, sacando agua del océano en el hueco de cada mano; él roció alguna sobre América con



su mano derecha, mientras que con la izquierda lanzó alguna sobre Europa.

Inmediatamente se elevó una nube de estos países, y se juntaron en el medio del océano.

Durante un rato, permaneció estacionada, y después se movió lentamente hacia el oeste, hasta que envolvió América en sus pliegues oscuros.

Destellos agudos de relámpagos brillaron a través de ella a intervalos, y oí los gemidos ahogados y los llantos del pueblo americano. Una segunda vez, el ángel sacó agua del océano, y la roció como la vez anterior.

La nube oscura fue entonces devuelta al océano, en cuyas pesadas olas desapareció de la vista. Una tercera vez oí la voz misteriosa diciendo:

“Hijo de la república, observa y aprende”.

Extendí mi visión sobre América y observé villas, pueblos y ciudades surgiendo una detrás de otra, hasta que la entera nación desde el Atlántico hasta el Pacífico quedó salpicada de ellas. Nuevamente oí la voz misteriosa decir:

“Hijo de la república, llega el final de siglo, observa y aprende”.

“En esto, el ángel sombrío oscuro giró su cara hacia el sur, y desde África vi un espectro de mal presagio aproximarse a nuestra tierra.

Él revoloteó lentamente sobre cada pueblo y ciudad última. Los habitantes se pusieron a luchar de pronto entre sí.

Mientras continuaba observando vi un Ángel brillante, en cuya frente descansaba una Corona de Luz, en la cual estaba escrita la palabra ***“Unión”***, y portaba la bandera americana que él situó entre la nación dividida, y dijo:

“Recordad que sois hermanos”.



Instantáneamente, los habitantes, abandonaron sus armas y llegaron a ser amigos de nuevo, y se reunieron alrededor del Estandarte Nacional.

“Y nuevamente oí la voz misteriosa diciendo:

“Hijo de la república, observa y aprende”.

En esto, el sombrío y oscuro ángel, llevó una trompeta a los labios, y emitió tres toques diferentes; y tomando agua del océano, la dispersó sobre Europa, Asia y África.

Después mis ojos observaron una escena terrorífica: desde cada uno de esos continentes, se levantó una nube gruesa y oscura, que pronto se fusionaron en una sola.

Y a través de esta masa brilló una luz roja oscura, mediante la cual vi hombres armados, quienes, moviéndose con la nube, marchaban por tierra y mar a América, cuyo país fue envuelto en el volumen de la nube.

Y Yo apenas pude ver estos vastos ejércitos devastar el país entero y quemar las villas, pueblos, y ciudades que había visto surgir.

Mientras mis oídos escuchaban el retumbar de cañones, el choque de espadas, y los gritos y llantos de millones en combate mortal, oí de nuevo la voz misteriosa diciendo:

“Hijo de la república, observa y aprende”.

Cuando hubo cesado la voz, el sombrío ángel oscuro colocó su trompeta una vez más sobre su boca, y emitió un largo y terrorífico toque.

Instantáneamente, una luz como de un millar de soles brilló desde arriba, y perforó y rompió en pedazos la nube oscura, que envolvía América.

En el mismo momento, el ángel sobre cuya frente todavía brillaba la palabra **Unión**, y que portaba nuestra bandera nacional en una mano y la espada en la otra,



descendió de los cielos, atendido por legiones de blancos espíritus.

Estos se unieron inmediatamente a los habitantes de América, que percibí estaban a punto de ser superados, pero que tomando inmediatamente coraje de nuevo, estrecharon sus filas rotas, y renovaron la batalla.

De nuevo, en medio del ruido terrible del conflicto, oí la voz misteriosa diciendo:

“Hijo de la república, observa y aprende”.

Cuando cesó la voz, el ángel sombrío tomó agua del océano por última vez, y la esparció sobre América.

Instantáneamente la nube oscura retrocedió junto con los ejércitos que había traído, dejando victoriosos a los habitantes del país.

“Entonces, una vez más, observé las villas, pueblos, y ciudades surgir donde los había visto anteriormente, mientras el ángel brillante, plantando el estandarte azul que había traído, en medio de ellos, gritó en voz alta:

“Mientras permanezcan las estrellas, y los cielos envíen rocío sobre la tierra, así perdurará la Unión”.

Y retirando de su frente la corona marcada con la palabra ***“Unión”*** la colocó sobre el Estandarte, mientras la gente, arrodillándose decía, ***“Amén”***.

“La escena comenzó a desvanecerse y disolverse, y finalmente no vi nada excepto el rizado y ondulante vapor que observé al principio.

Este desapareció también, y me encontré observando fijamente a la misteriosa visitante, quién, en el mismo tono de voz que había oído antes, dijo:

“Hijo de la República, lo que has visto se interpreta así: Tres grandes peligros vendrán sobre la República, el más temible es el tercero”.



(El comentario sobre su palabra “tercero” es: ***“La ayuda contra el TERCER peligro viene en forma de Ayuda Divina.***

Aparentemente el Segundo Advenimiento. Ed. P.N. “J.J.S.) en el que el mundo entero unido no prevalecerá contra ella.

“Que los hijos de la República aprendan a vivir para su Dios, su tierra y su Unión”.

Con estas palabras se desvaneció la visión, y Yo me levanté de mi asiento y sentí que había tenido una visión en la que me había sido mostrado el nacimiento, progreso y destino de los Estados Unidos”.

“Tales mis amigos”, concluyó el venerable narrador, fueron las palabras que oí de los labios del mismo Washington, y América hará bien en beneficiarse de las mismas”.

FIN DE LA VISIÓN DE WASHINGTON





